

Aquel chillido de un halcón sobre el mar



"En mi paisaje menorquín siempre está al fondo ese buque de roca viva coronado por el faro que es el cabo de Caballería".

Mi paisaje menorquín, atesorado en la memoria entre los velos rosáceos de un atardecer, está traspasado, casi herido, por el chillido de un halcón descolgándose del acantilado y adentrándose en el mar. Fue cerca de Fornells. De una de las peladas escarpaduras talladas por el oleaje y la tramontana, donde tan sólo persevera algún matojo y donde, inconcebiblemente se agarra una higuera, brotó de pronto el grito del oscuro pájaro y después, rauda, cruzó sobre mi cabeza su silueta que con un rápido aleteo enderezó el rumbo, se perfiló entre los dos azules, el del cielo y el del mar, y enfiló, atravesando cala Tirant, hacia la punta de la desafiante nariz pétreo del "cap de Cavallería".

No sé si era un "peregrino", aunque siempre he querido creer que era un halcón de Eleanor, ese primo suyo que caza sobre las olas a los pájaros emigrantes que costean por estas islas mediterráneas en sus largas singladuras aéreas. Lo oí gritar en alguna otra ocasión en el acantilado de la higuera pero no tuve ocasión de volver a verlo nunca más. Y es quizá lo fugaz de su paso lo que le ha hecho permanecer grabado en mi memoria, como quedaron aquellas nubes pasajeras, que al volver a mirar se habían hecho viento, en los versos de Baudelaire.

En mi paisaje menorquín siempre está al fondo ese buque de roca viva coronado por el faro que es el cabo de Caballería, desafiando vientos y batiéndose con las espumas de un mar

Por Antonio Pérez Henares (texto y fotos).

muchas veces embravecido, siempre de azules profundos, tensos unas veces, eléctricos otras, turquesa en ocasiones allá abajo en el remansado semicírculo de la “olla”. Está en la superficie de la tierra, sobre esa agreste y mínima península en la que a su entrada terrestre, donde los romanos tuvieron su puerto de Sa Nitja, se toca con los ojos el mar por ambos lados. Pero está también bajo las aguas donde recordé la paz del útero materno al sumergirme y dejarme deslizar con los vaivenes de mi propia respiración con los “tordos”, los serranos, las “vaquillas”, las castañolas, los sargos, las “mojarras” y hasta algún mero acercándose curioso a las burbujas de aire desprendidas por aquel intruso y aprovechándose de paso de algún torpe aletazo sobre el fondo que levantaba pequeñas partículas quizá comestibles.

Sé que soy injusto. Que olvido las tardes junto a Favaritx y los amaneceres con Mingo saliendo del mejor puerto del mundo, el de Maó, a doblar con el “llaut” La Mola y ver nacer el primer sol de España para recoger las nasas en busca de la preciada langosta. Sé que soy arbitrario por no haber traído ya la albufera de Es Grau a estos recuerdos y aquel invierno solitario donde los patos habían sustituido a los turistas. Reconozco mi torpeza al no haber hablado antes de esa esmeralda que me pareció, desde lo alto de Monte Toro, la isla entera cuando un chaparrón lavó los aires y el sol sacó el más hermoso de los verdes a los pinos. No tengo perdón por no haber ya mencionado las calas de Turqueta, Macarella y Macarelleta cuando la luz del verano hace aún más transparentes sus transparentes aguas. Y dejo para el final- que Sant Joan, sus caballos negros, su olor a “pomada” y sus “encasacados” caballeros no me lo tengan en cuenta- a esa Ciudadella cuando los últimos rayos del sol les sacan a sus viejas piedras labradas todo su dorado esplendor. Así he de hacer, y olvidarme de esos milanos siempre presentes sobre los caminos hacia Binimella, de la gaviota guardiana de la isla del Aire, de los cormoranes alrededor del islote



de Porros, de los olores engarzados con las piedras del “cami de Kane” y hasta de aquel delfín que un día quiso asomarse para burlarse de mi torpeza marinera. Todo queda un poco atrás porque en el personal bagaje de los sentimientos siempre esta delante el paisaje que por alguna razón ha cautivado la retina y el corazón del hombre que en la distancia recuerda.

En la distancia hoy rememoro Menorca y en la nostalgia lo que persevera es la llamada, el grito de aquel halcón de Eleanor, adentrándose en el mar, rumbo al “cap de Cavallería”. ■

“... los cormoranes alrededor del islote de Porros”.

“Y dejo para el final a esa Ciudadella, cuando los últimos rayos del sol les sacan a sus viejas piedras labradas todo su dorado esplendor.”

